

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Vicente Quirarte

“Apariciones históricas y actuaciones literarias de Tomás Mejía”

p. 125-142

El historiador frente a la historia
Historia y literatura

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

190 p.

(Serie Divulgación 3)

ISBN 968-36-8134-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/375/historia_literatura.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



APARICIONES HISTÓRICAS Y ACTUACIONES LITERARIAS DE TOMÁS MEJÍA

VICENTE QUIRARTE*

Sólo los fantasmas rondan en la verdadera vida de México, y ellos traen sus batallas muy hechas, muy sólidas, para que sean reales nuestros ejercicios de polvo, nuestras individualidades aplastadas por esa otra batalla permanente de fantasmas y sus luchas que no se han resuelto.

Carlos Fuentes

Doña Pueblito es dueña, mayora y anfitriona de *El aguaje del moro*, restaurante de Jalpan, erecto en el filo de una barranca desde la cual pueden contemplarse los esplendores de la Sierra Gorda de Querétaro. En los muros de la casa habilitada para servir comidas, lucen fotografías de la familia, toda gente de a caballo. Los balcones ostentan herraduras forjadas, huella del oficio ancestral de quienes vieron en el noble bruto primero la supervivencia y luego la prosperidad, cuando para cubrir las distancias entre la sierra agreste se precisaba de la fuerza y la nobleza animales, además de las propias. A lo largo de varias generaciones, la arriería fue el mejor aliciente para los talabarteros, quienes hicieron de su oficio un arte mayor. En su libro *La contreguerrille française au Mexique*, Emile de Kératry subraya el hecho de que los indígenas americanos libraron la mayor parte de sus guerras a lomo de caballo, animal introducido por los europeos.

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México.



Estamos en los dominios del general Tomás Mejía. Este paisaje formó y forjó la parte decisiva de su educación. A las ocho de la noche del verano, mientras el cielo mantiene una claridad insultante y el calor comienza a ceder en sus excesos, los pájaros congregan su algarabía frente a la fachada de la misión de Santiago de Jalpan. En esta población, la más grande y próxima a Pinal de Amoles, donde Mejía nació el 17 de septiembre de 1820, el joven José Tomás de la Luz comprendió cabalmente el mensaje del escudo franciscano que resume la defensa de la fe: el brazo resuelto de la orden cruzado con el brazo de Cristo, que muestra las cinco heridas de la Pasión. Acaso, mientras el Sol se ocultaba para él, y el resto de los pobladores participaba del transcurrir profano de la vida, tuvo la iluminación que lo llevó a hacer de cada una de sus acciones una guerra santa. O tal vez, ya siendo prefecto político y comandante militar del Distrito de Jalpan, ante la profusa ornamentación del templo, se haya abstraído en las águilas bicéfalas devorando una serpiente, sin sospechar que profetizaban su futura alianza y sacrificio en compañía de un Habsburgo.

Nuestros libros de historia general de México, o aquellos que hablan sobre la Reforma y la Intervención, mencionan a Mejía como el tercer integrante de los vencidos que fueron fusilados el 19 de junio de 1867 en el Cerro de las Campanas. Las tres M —Maximiliano, Miramón y Mejía— son aprendidas en ese orden y de memoria por los niños; coloquialmente, para llamar la atención de alguien, para decir en clave *mira*, existe la expresión: “Miramón y Mejía... son la misma compañía”.

Sin embargo, historiadores de tendencia liberal y conservadora, vencedores y vencidos, coinciden en respetar la figura de ese hombre que jamás claudicó en sus convicciones y estuvo durante dos décadas en el centro de los acontecimientos nacionales y regionales, desde sus enfrentamientos con los apaches hasta su actuación postrera en Querétaro. En Jalpan, centro de sus operaciones, espacio donde tantas veces concentró sus ejércitos, su paso está registrado de diversas maneras. En el Museo Regional de la Sierra Gorda, instalado donde antiguamente estuvo el presidio, Mejía aparece como un señor de la guerra que se valía de ella para defender la religión, único lazo de unión entre los mexicanos, como era idea generalizada entre los

conservadores, e incluso entre varios liberales, antes de que la Guerra de Reforma radicalizara la ideología política y religiosa. Asimismo, las cédulas del Museo hablan acerca de las sucesivas rebeliones encabezadas por Mejía en su ámbito regional, y de la importancia que concedió a las comunidades indígenas, aspecto descuidado por los liberales mexicanos y que fue asimismo bandera de Manuel Lozada, el célebre y novelesco “Tigre de Alica”, otra de las figuras históricas que están exigiendo nuevas interpretaciones. El libro de Jean Meyer *Esperando a Lozada* es un valioso avance en este sentido.

Hay que buscar la huella de Mejía en el paisaje serrano, en sucesos cotidianos y en aquellas realidades que son más poderosas que la imaginación. Por ejemplo: el restaurante *El aguaje del moro* sirve los mejores camarones del pueblo. Vienen de Tamaulipas, estado que Mejía dominó entre el 26 de septiembre de 1864 y el 23 de agosto de 1866, en plena Guerra de Intervención. De habersele enviado los recursos necesarios, Matamoros hubiera sido el último reducto del Imperio y acaso la historia de México hubiera sufrido un cambio radical. En varios locales del centro de Jalpan se compran dólares a excelente precio, mientras en otros se anuncian corridas directas de autobuses a Mac Allen y Laredo; junto al mercado se ofrecen llamadas de larga distancia a Estados Unidos.

La dueña de *El aguaje del moro* dice desconocer el origen de su nombre, Pueblito. La ilumina una gran sonrisa cuando la entero de que Tomás Mejía, a punto de iniciar un ataque, tomaba una lanza y, para arengar a sus hombres, exclamaba: “Muchachos: En nombre de mi madre, Nuestra Señora del Pueblito, adentro.” Desde 1830, Nuestra Señora del Pueblito es oficialmente patrona de Querétaro. Según testigos presenciales, en el último momento anterior a su ejecución, Mejía musitó las palabras “Virgen Santísima”. Desde el estallido de la Guerra de Reforma, la imagen había sido trasladada al templo de Teresitas de Querétaro. A partir de la toma de la plaza, la parte clerical de la población elevó sus letanías en honor de su patrona.¹ Mientras Mejía esperaba en el convento de Capuchinas el veredicto del proceso entablado en su contra por la República, se-

¹ Véase Canónigo Vicente Acosta, *Nuestra Señora del Pueblito. Compendio histórico de su culto*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 1996.



guramente escuchaba esas plegarias. Una de ellas era particularmente adecuada para su situación:

Lucero hermoso,
cuando me parta
de aqueste mundo
Tú me acompañas.

La figura de Tomás Mejía es una de las más complejas y apasionantes de nuestra historia. Indígena otomí puro, defendió hasta el final los principios religiosos y políticos por los que se guió los 47 años de su vida. Si la historiografía del siglo XIX y principios del XX hace de los conservadores los grandes villanos de la historia, Tomás Mejía fue reconocido como una figura excepcional por parte de sus propios adversarios. El cura liberal Agustín Rivera registra en sus *Anales mexicanos* la conducta estoica de Mejía ante el pelotón de fusilamiento; Egon Caesar Conte Corti lo llama “el mejor general del emperador”, mientras alguien que despreciaba tanto a los mexicanos como el príncipe Félix de Salm Salm no tiene más remedio que reconocer su valía. Justo Sierra, en el libro que en 1906 conmemora el centenario del natalicio de Juárez, se expresa del modo que sigue: “Mejía, el infatigable indio valiente, fanático y generoso, el verdadero héroe moral del bando reactor”. Una de las descripciones más interesantes hechas por extranjeros es la de Paula Kolonitz: “Es el general Mejía, hombre en la flor de la vida, alto, de piel casi color de bronce, los ojos negros y cintilantes, liso y negro el cabello, enérgicos los trazos de la cara y con modales sencillos y suaves que denuncian su origen indígena. Este hombre todavía joven es altamente estimado hasta por los propios franceses, pues a su probada lealtad aúna grandísimo valor.”²

El reconocimiento supremo del liberalismo triunfante a su antagonista, Tomás Mejía, sería su tumba en el Panteón de San Fernando, que, de acuerdo con la leyenda, fue pagada por el propio presidente Benito Juárez. ¿Por qué no se le sepultó en la Sierra Gorda,

² Condesa Paula Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*, traducción del italiano de Neftalí Beltrán, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 82.



en Jalpan o en Pinal de Amoles? Siempre político, siempre pendiente de la victoria, Juárez debe haber intuido que sepultar a Mejía en sus dominios equivalía a perpetuarlo como un símbolo de resistencia conservadora en el estado de Querétaro, clerical y levítico por antonomasia. Puede argumentarse la pobreza en que murió Mejía. El caudillo que tuvo a sus órdenes a una de las mejores divisiones del ejército, el Comendador de la Orden Imperial de Guadalupe y Gran Cruz de la Orden del Águila Mexicana, no dejó ni lo necesario para ser envuelto en un petate.

A la fecha, Tomás Mejía ha sido objeto de dos estudios fundamentales: el estudio biográfico de Fernando Díaz R., titulado *La vida heroica del general Tomás Mejía*, publicado en 1970 por la Editorial Jus en su colección México Heroico, y el libro de Luis Reed Torres, *El general Tomás Mejía frente a la doctrina Monroe*, aparecido en 1989 en la Biblioteca Porrúa. El primero tiene el mérito de incluir varias de las célebres arengas y manifiestos de Mejía, que revelan la claridad de su pensamiento. El estudio de Reed Torres añade, a sus múltiples méritos, la consulta exhaustiva del archivo de Mejía, custodiado por la Secretaría de la Defensa Nacional.

El historiador que pretendiera hacer un estudio sobre él debe acudir a esas fuentes, como imprescindibles le resultan los dos volúmenes de los *Documentos para la historia de la Sierra Gorda* de Margarita Velasco. Lo mismo sucede con el novelista. ¿Cuáles son los elementos que los separan y los atraen? Examinemos las previas apariciones de Tomás Mejía en la literatura y la imaginación popular. Se le menciona en una canción como “Querétaro”, aunque siempre, como se dijo antes, en el listado de los generales conservadores. La canción tiene un tono elegíaco y está puesta en labios de un defensor de la plaza sitiada:

En el patíbulo del Cerro de las Campanas,
adonde estaban mis compañeros,
peleando como fieles guerreros,
eran Méndez, Mejía y Miramón.
Ya la muerte va llegando, compañeros, qué dolor,
que por ser emperador la existencia ha de perder
y sus títulos de honor, toditito va a acabar,
Adiós, Gobierno Imperial.

A raíz del fusilamiento en el Cerro de las Campanas, proliferaron las composiciones fotográficas que, como homenaje al imperio caído, incluían a Maximiliano, Carlota y los generales mexicanos que sucumbieron en Querétaro. De tal manera, los públicos nacional y europeo se familiarizaban con la fisonomía de los imperialistas mexicanos. Por otra parte, la literatura escrita por los autores de la facción vencedora se apresuró a dar testimonio de la historia reciente. En 1868, Juan A. Mateos publica las novelas *El sol de mayo* y *El Cerro de las Campanas*, que tuvieron una aceptación inmediata tanto debido al prestigio del autor como a la cercanía de los acontecimientos que narraba. El drama histórico homónimo, *El Cerro de las Campanas* de Antonio Guillén y Sánchez, fue estrenado el 9 de junio de 1872 en el Teatro Nacional, diez días antes de la muerte del presidente Juárez. El éxito de la representación obligó a la empresa a llevar a escena la segunda parte de la obra, titulada *El sitio de Querétaro o El tálamo y las víctimas*.

La segunda parte de la obra es una reconstrucción apresurada de los últimos momentos de Maximiliano, Miramón y Mejía en Querétaro. Los cuadros se suceden con celeridad, con la estructura lograda de la primera obra. Se añade la dificultad de otorgar la debida fuerza dramática a cada uno de los personajes, por lo que todos aparecen planos. En unas cuantas pinceladas, Guillén intenta reconstruir el intento de fuga organizado por la princesa de Salm Salm. Seguramente, el dramaturgo tuvo a la mano algunos de los libros escritos por testigos de los acontecimientos, tales como *Las últimas horas del Imperio* del doctor Samuel Basch o *Mis memorias de Querétaro y Maximiliano*, cuya edición en español apareció en 1869.

Un error histórico imperdonable tiene el final de *El Cerro de las Campanas*: al reconstruir las últimas palabras de Maximiliano, Miramón y Mejía, Guillén y Sánchez es más o menos fiel a los hechos en el caso de los dos primeros. De acuerdo con testigos, Maximiliano sí dijo “Siempre he querido morir en un día como éste”, mientras Miramón rechazó los cargos de traición y alabó a México. No corre con igual fortuna el general Tomás Mejía, quien aparece en la obra pusilánime y débil. Algunas fuentes históricas mencionan que difícilmente podía mantenerse en pie, pero ello se debía al reumatismo agudo que lo aquejó desde el comienzo del sitio de

Querétaro. Su calma imperturbable ante la muerte y el hecho de no haber pronunciado una sola palabra en el cadalso fue motivo de admiración para los propios republicanos. Igualmente inverosímil resulta la escena donde Agustina, esposa de Mejía, se presenta en la prisión. La realidad histórica es aún más patética: cuando Mejía era conducido al Cerro de las Campanas, la esposa corría desesperada detrás del carro, con su hijo en los brazos. Aferrada a la rueda, cayó al suelo, se golpeó en el rostro y comenzó a sangrar. Su esposo Tomás no volteó y siguió, imperturbable, casi autista, su camino al cadalso.³

Mariano Escobedo, vencedor en Querétaro, fue uno de los más fieles custodios de la memoria de su antagonista. Durante la Guerra de Reforma, Mejía lo había vencido y hecho prisionero. Fiel a su magnanimidad, Mejía lo dejó en libertad. Escobedo le debía una. Posteriormente lo sitia cuando está en Tampico, pero no puede vencerlo. Cuando Mejía está preso en Querétaro, Escobedo le promete mediar para obtener su indulto, pero Mejía decide correr la misma suerte que Maximiliano. ¿Fidelidad del indígena al dios rubio, a la nueva personificación de Quetzalcóatl? Me parece más propio afirmar que Mejía aceptaba ser fusilado por fidelidad a sus convicciones y al ejército en el que militaba. De los tres condenados a muerte en el Cerro de las Campanas, Mejía fue el único que vestía, debajo de la levita, la banda azul de general divisionario, que había obtenido con merecimientos indiscutibles. Semejante conducta no pasó inadvertida para la poesía. En 1890, Juan de Dios Peza escribe un poema lla-

³ La única referencia que conozco a la esposa de Mejía no es de un historiador, sino de un novelista:

"Bella como una ilusión primera, blanca como la corola de una azucena, alta y mórbida como una estatua griega, aquella joven se precipitó a la calle, loca, perdida, ciega en su inmenso dolor.

Lanzaba gritos de angustia, y de sus párpados corría un raudal de lágrimas.

Era Agustina, la modesta compañera de Mejía, la que en sus momentos de sufrimiento estuvo siempre a su lado, la que había secado con sus caricias el sudor de su frente cubierta con el polvo de las batallas, la que con una abnegación sin igual había compartido con él los peligros de la vida azarosa.

Llevaba en sus brazos un niño que contaba unos cuantos días de nacido." Juan A. Mateos, *El Cerro de las Campanas*, México, Editorial Porrúa, 1971, p. 415.

Para la consulta de la obra completa *El Cerro de las Campanas*, de Antonio Guillén y Sánchez, véase *Dramaturgia de las guerras civiles e intervenciones*, prólogo y notas de Vicente Quirarte, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 (Colección Dramaturgia Mexicana).

mado “Tomás Mejía”, elocuentemente dedicado a Mariano Escobedo. El poema describe algunas escenas culminantes de la actuación de Mejía, a saber: su turbación al hallarse en presencia de Maximiliano, la nobleza de éste al abrazarlo, y la escena final de su vida:

¿Queréis que os salve? decidlo,
que no me daré descanso
hasta que al fin me concedan
lo que para vos reclamo.
—Sólo admitiré el indulto,
respondió el indio soldado,
si me viene juntamente
con el de Maximiliano.
—Me pedís un imposible.
—Pues bien, moriré a su lado.
—Pensad que tenéis familia.
—Tan sólo a Dios se la encargo.
—Soy capaz de protegeros
si os resolvéis a fugaros.
—¿Y al Emperador? —No, nunca.
—Pues su misma suerte aguardo.
Y como lo sabe el mundo,
juntos fueron al cadalso
y allí selló con su sangre
lo que dijeron sus labios.⁴

En su obra de teatro *Juárez y Maximiliano*, de 1925, el dramaturgo de origen checo Franz Werfel hace un fino análisis psicológico de los principales protagonistas del drama, tanto de los liberales como de quienes rodearon al archiduque. Tomás Mejía aparece en una escena con un parlamento muy puntual y específico. Se trata del cuadro tercero, que tiene lugar en el Palacio Imperial de la Ciudad de México, entre 1866 y 1867. Entra en escena el general Tomás Mejía, y acota Werfel:

⁴ Citado por Luis Reed Torres, en *El general Tomás Mejía frente a la doctrina Monroe*, México, Porrúa, 1989 (Biblioteca Porrúa, 99), p. 315.



(Un azteca, bondadoso, sin malicia, alrededor de los cuarenta años, avanza hacia adelante.)

MEJÍA

Mi general en jefe, yo, general de Vuestra Majestad, soy indio. Éste es el dolor de mi vida. Con envidia contemplo a los hombres más altos, a los hombres de piel blanca. Mis hermanos son feos y bajos. Los desprecio. No hay más remedio para ellos que morir.

MAXIMILIANO

General, ¿es ésa la opinión de su hermano Juárez?

MEJÍA

El Emperador lo aprehenderá y lo matará.

MAXIMILIANO

¿No sería mejor convencerlo, transformarlo en amigo?

VOCES

La revolución democrática debe ser ahogada en su propia sangre.⁵

A pesar de que Werfel manifiesta en su obra un agudo conocimiento de la realidad mexicana, hay detalles significativos que se le escapan. Mejía no era azteca sino otomí, y en el instante en que se desarrolla la acción teatral tiene 46 años, y no 40, como anota Werfel. En cuanto a que Mejía era “bondadoso y sin malicia”, el juicio supone que se intenta crear la figura de un indio a quien se podía embaucar fácilmente y quien, fiel al instinto sanguinario de su raza —supone Werfel— pide la cabeza de Juárez y sus aliados. Nada más lejos de la verdad. Mejía se adhirió al Imperio sólo después de meditarlo detenidamente, como era su costumbre ante instantes decisivos del México que le tocó vivir, y como lo demuestra el cuidadoso análisis que de sus documentos ha hecho Reed Torres en el libro antes mencionado. Como uno de los múltiples ejemplos, y para contradecir a quienes hablaban de Mejía como un fanático ciego, sin capacidad de discernimiento, leamos el fragmento de una carta a Escobedo, cuando éste lo conmina a rendirse: “mi obligación como mexicano

⁵ Franz Werfel, *Juárez y Maximiliano*, Guadalajara, Secretaría de Cultura de Jalisco, 1993, p. 54-55.

[es] sacrificarme con mis soldados por una causa de la cual depende, según mis más íntimas convicciones, la salvación de mi patria”.

En 1939, Hollywood estrena la película *Juárez*, dirigida por William Dieterle, con Paul Muni en el papel del estadista mexicano y Bette Davis en el de Carlota. El guión fue realizado por John Huston, Ateneas Mackenzie y Wolfgang Reinhardt, y estuvo basado —se dice que parcialmente— en la obra de teatro de Werfel y en *La corona fantasma* de Bertita Harding. Resulta significativo que Mejía, personificado por el actor Bill Wilkerson, sea el único que derrama lágrimas cuando Maximiliano lee su carta de abdicación ante los generales vestidos de gran uniforme. No obstante la riqueza dramática de algunas de sus escenas, la música y el respeto en el tratamiento de la figura de Juárez, la película está llena de falsedades históricas. Al hacer llorar a Mejía, Dieterle quiere subrayar la adhesión cercana al fanatismo que mostró a Maximiliano un sector de la sociedad, en este caso el indígena.

Lo anterior demuestra que las apariciones de Tomás Mejía en los escenarios poéticos, novelísticos y dramáticos han sido casi siempre lamentables. Si Tomás Mejía resulta uno de los villanos de la historia patria, pensemos que la fuerza de los personajes antagónicos es más eficiente desde el punto de vista narrativo y dramático, como ocurre en las novelas históricas de Juan Díaz Covarrubias, Juan A. Mateos o Vicente Riva Palacio. El novelista que quisiera tomar como protagonista a Tomás Mejía no se toparía de entrada con el problema que significa novelar la vida de un conservador como Juan Nepomuceno Almonte. A pesar de su talento político y su envidiable cultura, Almonte es una figura que resulta difícil de tratar tanto por el novelista como por el historiador, en parte porque su caso es históricamente indefendible.

¿Cómo hacer una novela histórica sobre Tomás Mejía? Desde mi punto de vista, la mayor limitante de la novela histórica, desde su aparición en el XIX hasta nuestros días, es que vuelve a contarnos los sucesos, sin intervención directa de la *poiesis*, sin que el temblor del *cómo* modifique la linealidad del *qué*. Este recurso está presente, desde en la historia inmediata narrada por Juan A. Mateos en *El Cerro de las Campanas*, hasta en ciertos capítulos de *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, escrita a más de 120 años de ocurridos los he-



chos. En cambio, resultan más eficientes, desde el punto de vista estético, aquellos fragmentos donde los personajes creados, aquellos que la historia no ha registrado con nombre propio, animan la obra con su actuación en el escenario. No sabemos el nombre del merolico que vende la mano del capitán Danjou en el capítulo “Camarón. Camarón”, de *Noticias del Imperio*, pero su actuación estelar en la novela, su aparición vital y bullanguera pudo haber sucedido, debió haber sucedido, porque la tradición picaresca mexicana nace con Quevedo, se transfigura en Fernández de Lizardi y evoluciona, callejera y mugrosa, impecable y honesta, en Guillermo Prieto y sus numerosos herederos.

El historiador trabaja con hechos de la realidad que obtiene de documentos, escritos personales, historiografía precedente y tradición oral. En esas mismas fuentes abreva el autor de obras de ficción. Ambos trabajan con hechos y los enlazan con la imaginación. ¿Cómo separar las tareas de uno y otro? Son numerosos los que han tratado de dilucidar los respectivos códigos de ambas disciplinas. En esta ocasión, los invito a que reflexionemos juntos en este terreno tan espinoso acudiendo a una relectura de un texto heterodoxo, una obra de ficción; me refiero a *El signo de los cuatro* de Sir Arthur Conan Doyle. Mary Morstan llega al 221B de Baker Street para solicitar a Sherlock Holmes ayuda para la localización de su padre. Expuesto el caso, y con la promesa de acompañarla a la cita planteada por un mensajero misterioso, el doctor Watson hace notar el encanto de la muchacha. Holmes contesta que él no se fijó en eso, sino que se limitó a observar acciones, hechos, conductas. Holmes es lapidario: “Es de la mayor importancia no permitir que en un juicio intervengan las cualidades personales. Un cliente es una unidad, un factor del problema. Las cualidades emocionales son antagónicas del claro razonamiento.”⁶ La confrontación entre la mentalidad fría del detective y la sensibilidad de su cronista y biógrafo, sirve para establecer diferencias y afinidades entre los principios que dicen sostener la historia y la literatura. La primera busca verdades de hecho. La segunda aspira a verdades de razón. Sin embargo, del

⁶ Sir Arthur Conan Doyle, *The Sign of Four*, en *The Complete Sherlock Holmes*, London, Penguin Books, 1994, p. 96.



mismo modo en que el binomio Holmes-Watson une sus respectivas habilidades para la solución de los misterios planteados, la historia y la literatura intercambian sus respectivos arsenales para la interpretación objetiva y metafórica de los hechos. La transformación de un personaje de la historia, sea en el terreno científico o en el ficticio, resulta sorprendente para el investigador o el novelista. La historia, como la literatura, no es estática, y cambia con la aparición de un nuevo documento o con la nueva actuación simbólica de un personaje. En tiempos reivindicatorios de los derechos indígenas, la figura de Tomás Mejía cobra una relevancia que es preciso examinar a la luz de la historia queretana y la herencia de las tribus inicialmente instaladas en esas regiones.

De las numerosas herramientas forjadas por el estructuralismo para examinar los mecanismos del pensamiento, una de las más útiles y generativas es la propuesta por Roland Barthes en su libro *S/Z*, donde realiza una lectura acuciosa de *Sarracine*, una novela corta de Balzac. Barthes propone la aplicación de cinco códigos que permiten la lectura profunda, así como la interrelación de los elementos integradores del discurso. El primero de ellos es el código hermenéutico, mediante el cual el escriba —en este caso el historiador, el biógrafo, el novelista— propone su enigma. Para darle respuesta, se vale de códigos semánticos que a su vez se transforman en códigos simbólicos. Estos tres códigos pueden ser aplicados tanto al texto literario como al histórico. El conjunto de datos no hace una biografía. Es necesario que un historiador del calibre de Richard Ellman los reúna, los objective, y entonces imagine y demuestre la metáfora contenida en la vida de Oscar Wilde. Igualmente, los monólogos de la Carlota de Fernando del Paso, para adquirir su altura simbólica y poética, han debido partir de semas históricos que hagan verosímil el discurso literario.

Aun la fantasía más pura necesita de un grado de exigencia que le permita hechizarnos y convencernos, hacernos escribir y leer la otra historia. Para los sucesos que no fueron pero que pudieron haber sido, José Emilio Pacheco ha acuñado la frase “historias de la vida irreal”. Establezcamos el posible borrador de una de ellas, referida al caso de Tomás Mejía. Supongamos que logra romper el cerco tendido por el ejército liberal en Querétaro y se interna con una



parte considerable de su ejército en la Sierra Gorda. Con la colaboración de los indígenas serranos, hace de la región un foco de resistencia que se extiende hasta el estado de Tamaulipas y la frontera con Estados Unidos. Sin resignarse a ser los perdedores de la guerra, grandes contingentes de soldados confederados, acantonados en Brownsville, colaboran con Mejía en su lucha contra la república. En el asentamiento indígena que actualmente lleva el nombre de Toluquilla, Mejía establece el Imperio de Maximiliano. El arte se anticipa a la realidad: entre los serranos corre la leyenda de un grupo de zuavos que se quedó en la región con intenciones de crear el Emirato de la Sierra Gorda.

Esto es lo que pudo haber sido. Lo cierto es que Tomás Mejía no rompió el cerco, fue hecho prisionero, procesado y ejecutado por el ejército liberal. ¿Cuál es la voz narrativa que más imparcialmente puede dar noticia de los hechos en una novela histórica? Hay quien ha dicho que la voz en segunda persona de *Aura* de Carlos Fuentes es la voz de la historia. Lo mismo puede afirmarse de los monólogos de Carlota en *Noticias del Imperio*. En su papel de hada y pitonisa, como decía Michelet de la historia, la Carlota creada por la imaginación poética es capaz de revelar incluso aquello que no ha visto pero que adivina. En *La noche de Ángeles*, Ignacio Solares logra uno de los mejores y más plausibles artificios de la voz narrativa: quien habla con el artillero villista es la conciencia histórica, pero también la muerte.

En un principio consideré la posibilidad de hacer la vida novelada de Mejía a partir de la voz de su hijo, quien nació el 3 de junio de 1867, es decir, cuando la plaza de Querétaro tenía veinte días de haber sido ocupada. El niño fue bautizado elocuentemente con los nombres José Isaac Tomás Carlos Maximiliano Higinio. Ingresó al ejército, donde su actuación fue lamentable. Debido a constantes indisciplinas, fue dado finalmente de baja. La realidad no resultaba tan atractiva para insertarla en el cuerpo de la ficción. Naturalmente, para un novelista no hay mal tema ni mal personaje, pero el resultado será más intenso en la medida en que encuentre la voz narrativa que mejor le convenga, aquella que le permita apasionarse *en* la realidad y no *con* ella, como exigía Jorge Cuesta. El cuidado que el historiador pone en la construcción de sus estructuras también es el del autor de



obras literarias. En este sentido, encontré una veta narrativa interesante en un hecho aparentemente nimio. Reed Torres afirma que Mejía pudo haber escapado de la cárcel de Querétaro porque un liberal de la ciudad, Hipólito A. Viéytez, le ofreció ocultarlo en su casa. Mejía rechazó la oferta, pero le pidió que el beneficio fuera para sus dos más cercanos ayudantes de campo. No se sabe nada más de ellos y sus nombres no aparecen registrados en las fuentes que he podido consultar. Ellos son, entonces, sujetos ideales para ser la voz de la Historia y contarnos la increíble y heroica historia del general Tomás Mejía. Confiaríamos a ellos, a su máscara de persona —en el sentido de los griegos— la articulación del discurso. Al ser el pre-texto de la historia, ellos saben lo que fue, lo que pudo haber sido, lo que será. Consumarían de tal modo lo planteado por el Reynaldo Arenas de *El mundo alucinante*: la historia como fue, como pudo haber sido, como se nos pega la gana que debió haber sido. El texto con el que voy a terminar esta presentación lleva por título “Querétaro” y aunque es un texto cerrado, aspiro a que sea leído como un borrador de un texto mayor sobre Tomás Mejía. Lo leo con la esperanza de que, una vez que concluya, podamos discutir sobre el tema que nos reúne.

QUERÉTARO

Nos han dejado permanecer toda la noche afuera del Convento de Capuchinas, pero casi no hemos dormido. Un teniente del batallón Supremos Poderes me ofreció su capa, pero la rechacé, a pesar del frío de la madrugada. A punto de ser las seis de la mañana, todo Querétaro se llena de órdenes, sonidos metálicos, desplazamientos. A la puerta del convento han llegado tres carros de alquiler, para cada uno de los condenados. Y sales tú, papá Tomasito, escoltado por los cazadores de Galeana; qué pequeño pareces junto a esos soldados del norte con uniformes nuevos, pero cómo crece ante la cercanía de la muerte tu figura de indio otomí enfundada en la levita negra, y debajo la banda azul de divisionario. Qué difícil imaginarte en dos pies, como el común de los naturales, cuando tantas veces Querétaro te vio en traje de centauro. Creí en ti desde el día



en que le arrancaste la ciudad a los liberales y en un gesto teatral que a ti te parecía instintivo subiste a caballo la escalinata del Palacio Episcopal hasta llegar al balcón. A los oídos de los franceses llegaría más tarde la fama de tu conocimiento casi sobrenatural de los terrenos por donde te movías. Y aquella mañana en la ciudad en México, cuando en el Paseo de Bucareli el general amante de los niños y los manifiestos pasaba revista a tus tropas, estabas seguro de que si en la superficie alababa la organización perfecta de tu batallón de Ixmiquilpan, lo bien plantados y armados de tus indios del batallón fijo de Sierra Gorda, sus lanzas que en las cargas eras el primero en tomar, en el fondo sentía el mismo desprecio que Cortés por los tlaxcaltecas, así, como Maximiliano al referirse a ti te llamaba *le petit noir* cuando hablaba en clave con Félix de Salm Salm. Y hasta ese dandy que, como todos los oportunistas, sabe la hora y el sitio para estar en todo, va a reconocer en sus memorias que eras mejor jefe de caballería que los europeos. El día que Maximiliano y Carlota entraron en la capital, como buen político el archiduque sabía quién eras, y quiso estrechar la mano del indio que tomaba a caballo los edificios, del veterano en la guerra contra los apaches, del valiente cuyo anagrama era JAMÁS TEMIÓ. Pero el animal no compartió los deseos humanos, caracoleó, relinchó y casi patea a sus majestades. Todos lo atribuyeron a la música y los cohetes pero tú, que tenías al caballo como prolongación de tu cuerpo, sabías que esa parte tuya rechazaba al aliado que nuevamente venía del otro lado del Atlántico. Nunca te gustaron los escándalos. Cuando quisiste hablarle al nuevo Quetzalcóatl sólo te salieron muchos Majestad... Majestad... y si el europeo hubiera conocido la gratitud, habría visto que esa emoción auténtica era superior a las adulaciones de quienes lo rodeaban. Eras en verdad humilde, en los dos sentidos; tanto, que vas a dejar sólo dos casas de adobe como herencia. Mariano Escobedo, que no puede devolverte el favor que le hiciste al salvarle la vida, va a correr con los gastos de tu cajón de muerto, y Juárez, que en el fondo te admira y te quiere porque eres terco y tan brillante y tan indio como él, a espaldas de los republicanos que piden tu cabeza y lamentan tu muerte menos que la del europeo, va a ordenar que te levanten un mausoleo que es como un retrato tuyo y de él mismo: sólido, sencillo, sin otras palabras que las de tu nombre. Y llegarás al



Panteón de San Fernando para agitar los huesos de Zaragoza y Comonfort, que duermen en tumbas vecinas a la tuya. Cinco años después, el que pagó por tu tumba llegará al mismo panteón; a nadie se le ocurrirá, ese julio de 1872, de las numerosas coronas que llegarán de todas latitudes para tu vencedor, quitar una rosa, de esas que van a llamar luto de Juárez, para adornar tu tumba: una estrella solitaria debajo de la cual está tu nombre. Ningún epitafio. A fin de cuentas, los epitafios nada dicen —ninguno podría decir— todo lo que es un hombre cuando sufre, bebe y se ríe, cuando simplemente vive, como tú vives aún esta madrugada en que sentiste el agua fría y dura sobre tu cuerpo, y te volviste a lavar varias veces y te sorprendiste al darte cuenta de que un hombre a punto de morir puede hacer lo que el otro hace cotidianamente, porque el *ya* es un *todavía* lleno de sorpresas hiperbólicas; esto se llama aún la vida, ahora que sientes el vaivén del carro número 13 que te lleva al Cerro de las Campanas y adviertes que los coches de alquiler tienen años sin que se les cambien los asientos, y aún puedes sentir, en el crucifijo que sostienes, la madera húmeda por el sudor de tu mano, mientras rezas interminablemente sin mover los labios, sólo por no darle gusto a los que te dirán allí va el mocho. Ellos esperan una función final de mucho ruido, como cualquier espectador que ha comprado su boleto, y tienen razón porque el boleto ha costado mucho y ya basta y hay que consumir definitivamente la causa por la que Hidalgo desmañanó a los habitantes de Dolores. Para ellos, la grandilocuencia de Miramón, el gesto teatral del archiduque cuando reparta piezas de oro a los que lo van a fusilar. Qué ironía que tu casa se encuentre en la calle del Descanso, porque tú no lo conocías cuando estabas en la ciudad. A pesar de la guerra, descansabas mejor en Sierra Gorda, que un día antes de la traición de López y la caída de la Cruz iba a convertirse en el último reducto del Imperio. Allí donde eras señor absoluto, pensabas librar una guerra prolongada, y tal vez Juárez hubiera muerto esperando la rendición de Maximiliano y los suyos, porque ni un ejército tan superior en número como el que circundaba Querétaro hubiera sido capaz de sacarlos de los desfiladeros y las montañas que conocías como el tigre su coto. Qué tontos fueron todos. Menos tú, porque en el fondo siempre supiste que toda esta tragedia era un sainete y que el emperador no defendería el único



principio por el que te alzaste. Pero tú creías en dos cosas: la religión y el ejército, y en el segundo como la fuerza para sustentar los principios; en eso dejabas de parecerle al manco Osollo, el único que podía hacerle sombra a Miramón, porque era buen mozo y bien plantado. Para tus soldados, que habían combatido contra los apaches, era juego de niños enfrentarse a un ejército improvisado, con mucha voluntad y valentía pero con escaso fogueo en eso que los tratadistas llaman arte de la guerra y que para ti se reducía a determinación y valentía. En Matehuala, tus mil y tantos hombres salieron a galope tendido para rodear, derrotar, hacer huir y hasta perseguir a los seis mil liberales de Manuel Doblado que se disponían a sitiarte. Por esa acción te admiró el barón Aymard, que salió de la plaza contigo y nunca pudo emparejar tu carrera, porque en ese momento tú te sentías otro caballero de la cristiandad, ansioso de la gloria de las primeras heridas. Y luego de la victoria en que mostraste la magnanimidad que no conocían Miramón ni muchos jefes republicanos, el propio Aymard insistió en que volvieran a San Luis para premiarte con la Cruz de la Legión de Honor por la cual suspiraban los oficiales conservadores y que para ti era un estorbo más en el estorbo mayor del uniforme de gala. Tampoco te decía nada la Cruz de la Orden del Águila Mexicana, que el austriaco hizo llegar a Matamoros. Hubieras preferido que te enviara fuerzas, víveres, armas. Desde Brownsville los soldados norteamericanos abastecían a Escobedo con fusiles de repetición mientras en los círculos gubernamentales se hablaba del principio de neutralidad. Matías Romero tocaba a las puertas de Washington, cuyos altos funcionarios le daban largas al asunto. Así, la guerra continuaba en dos terrenos, el inmediato de la acción guerrera y el que se libra en antecámaras y horas de meditación. Ya está tu carro al pie del Cerro de las Campanas. Qué incompleto te miras, con los pies asentados en la tierra, cómo hace falta verte arriba de un caballo. Maximiliano, que camina adelante de ti, rumbo al mismo cadalso, nunca pudo saber que tus reumas eran provocadas por la cárcel, por esa jaula inmensa que era para ti la ciudad de Querétaro sitiada. Eras de pocas palabras, pero si en alguna de las visitas que el austriaco te hizo a tu celda, hubiera intentado verdaderamente hablar contigo, habría comprendido que el otomí es algo más que el indio de raza inferior que se distingue



por la desconfianza, la indiferencia, la astucia y la hipocresía. Le hubieras dicho entonces que a pesar de tu catolicismo ciego y firme, en tu sangre hablaban voces milenarias y que preferías morir en combate a ser fusilado, o a caer en la cama por enfermedad, y que para el indio la muerte es poca cosa junto a la cárcel. Hasta Agustín Rivera, el cura ultraliberal de Lagos de Moreno, va a comprenderte mejor y va a escribir páginas donde celebre tu carga de caballería en Casa Blanca, cuando ante un enemigo cuatro veces más numeroso dijiste: “Así muere un hombre, muchachos”, y tus tropas te adoraron y tomaron la posición. Nadie va a escribir la historia de tu defensa de Matamoros. La historia, al menos aquí, no es para los vencidos, y si a Robert E. Lee van a levantarle una estatua romántica en medio de un parque sureño que llevará su nombre y cada semana santa alrededor de su figura ecuestre un concierto de gala va a recordar todo lo que el viento se ha llevado, sobre ti va a llover polvo y olvido. No tendrás la inmortalidad de la befa como sí la van a tener Almonte y Márquez, que nunca te perdonó que fueras mejor soldado que él. Para ellos, sendos romances que van a ser canciones que aprenderán los hijos de los hijos de los hijos de los que ahora van a fusilarte. Para ti, papá Tomasito, un desprecio más digno, el del olvido. El mismo desprecio que le muestras ahora a los fusiles republicanos, ahora que todo termina para ti, ahora que todo comienza, ahora que son las 7:05 de la mañana en Querétaro, ahora que las balas recorren enloquecidas el cilindro de los fusiles, ahora que zumban con su aguijón ansioso, ahora que te alcanzan y te rompen hasta el último de los “María Santísima” que dices para ti, como para ti serán estas palabras que se va a llevar el viento porque tú no ganaste.